PECIOS de SÁNCHEZ FERLOSIO: movimiento centrífugo hacia la verdad

José Rubén Contreras Elvira¹ (IES CARPE DIEM)

RESUMEN:

Este escrito es una tentativa doble de presentar en sus contextos la obra de Rafael Sánchez Ferlosio y de esbozar algunas de las constantes que atraviesan y engarzan su variada trayectoria, dotándola de una cierta unidad pese a la sorprendente particularidad de cada uno de sus movimientos.

¿Qué une sus novelas -tan distintas- entre sí y éstas con su obra ensayística, no menos variopinta? Más que de la de un sólo autor, bien podría tratarse de la obra de varios. Y sin embargo, esa variedad (hasta cierto punto desconcertante), está atravesada por una gravitación de fondo, unos hilos difíciles de apresar en conceptos o categorías (y no digamos ya en "estéticas" o "poéticas"...), pero que la dotan de una rara coherencia. Rara por infrecuente y rara por su propia dinámica, ajena a lo que una lógica filosófica o un programa estético literario suelen deparar. En este artículo, trataremos de dar con alguna de esas claves, partiendo sin embargo de la premisa de su irreductibilidad.

PALABRAS CLAVE :

Literatura, Filosofía, Pensamiento, Ensayo, Narrativa, Novela, Literatura española, Literatura del siglo XX, Rafael Sánchez Ferlosio, Realismo, Realismo social, Realismo mágico, Literatura infantil, Literatura de postguerra, Generación del 50

ABSTRACT:

This paper is a double attempt to present in its contexts the work of Rafael Sánchez Ferlosio and to outline some of the constants that cross and link his varied trajectory, giving it a certain unity despite the surprising particularity of each of his movements. What links his novels - so different- between them and these with his essay work, no less varied? More than coming from a single author, it could well be the work of several. And yet, this variety (to some extent disconcerting), is crossed by a background gravitation, some threads difficult to grasp in concepts or categories (and not to say already in "aesthetic" or "poetic"...), but that endows it with a rare coherence. Rare for infrequent and rare for its own dynamics, unwared of what philosophical logic or a literary aesthetic program usually provide.

Startling from the premise of its irreducibility, in this article, we will try to find some of those keys.

KEY WORDS:

Literature, Philosophy, Narrative, Roman, Rafael Sánchez Ferlosio, Realism, 20th Century Spanish Literature, Generation of '50, Magic realism,

"(Grafolomanía) En el silencio de mi noche ardiente, las letras, locas, gesticulan voces."

R. Sánchez Ferlosio, Campo de retamas. Pecios reunidos. (2015)

Hace sólo unos meses que nos dejó Rafael Sánchez Ferlosio, considerado por muchos el mejor prosista contemporáneo del español. Aunque funesta, el triste hecho podría parecer la ocasión para presentar el balance de una trayectoria singular y una obra sorprendente, o bien para darlas por concluida y cerrada con la desaparición del autor, empaquetarlas en forma de tópico y dejarlas secar en los limbos académicos.

Y sin embargo, ambas tentativas serían vanas. La primera porque, como se tratará de exponer más adelante, es prácticamente imposible encapsular en unas cuantas ideas una peripecia intelectual rica y variada hasta lo desconcertante; y la segunda, porque lo único que puede darse por cerrado es el conjunto de sus ediciones "*pre mortem*": todo indica que en su residencia madrileña del barrio de Prosperidad duerme un fecundo baúl como el de Fernando Pessoa, del que irán brotando apuntes y obras preteridas al ritmo que los investigadores y las editoriales consideren oportuno.

Tres rasgos eran comunes a ambos autores. El más radical era la necesidad de escribir y, en un mismo gesto, (re)negar lo escrito; de poder vivir sólo en la escritura y desde la escritura, pero, a un tiempo, en fuga del rol literario, del "papelón del literato". El segundo rasgo, síntoma visible derivado del anterior, una urgencia intempestiva de interrumpir o cancelar cualquier otro acto para detenerse, sin importar cuándo ni dónde, a recoger una impresión, atrapar una intuición o esbozar una idea: esa variante reflexiva del arrebató lírico que movía a ambos autores a tomar notas de pie en medio de la calle o usar el capó de un coche aparcado como improvisado scriptorium... Pero también de apartar luego los textos en un baúl y dar los menos a la imprenta.

El tercer rasgo común entre ambos autores era esa capacidad -¿o más bien necesidad?- de escribir con depurado conocimiento de cada género pero casi siempre fuera de sus límites o directamente en contra de sus cánones. Y ahí acaban las coincidencias. Si Pessoa fue muchos escritores sin ser ninguno (un "*drama em gente*", un plural de nadie), Ferlosio fue siempre un mismo escritor, con una obra ramificada y ramificante de la que, en sus últimos años, prefirió sólo mostrar los "pecios", breves fragmentos que son más síntesis de las singladuras del pensamiento que restos del naufragio de las experiencias.

1.- MARCO Y PROPÓSITO

Este escrito es una tentativa doble de presentar en sus contextos la obra de Rafael Sánchez Ferlosio y de esbozar algunas de las constantes que atraviesan y engarzan su variada trayectoria, dotándola de una cierta unidad pese a la sorprendente particularidad de cada uno de sus movimientos.

¿Qué une Industrias y andanzas de Alhanhui con El Jarama? ¿Y ambas novelas con la ensayística de Vendrán más años malos y nos harán más ciegos? Más que de la de un sólo autor, bien podría tratarse de la obra de varios. Y sin embargo, esa variedad (que, hasta cierto punto, podría resultar desconcertante), está atravesada por una gravitación de fondo, unos hilos difíciles de apresar en conceptos o categorías (y no digamos ya en "estéticas" o "poéticas"...), pero que la dotan de una rara coherencia. Rara por infrecuente y rara por su propia dinámica, ajena a lo que una lógica filosófica o un programa estético suelen deparar. En este artículo, trataremos de dar con alguna de esas claves, partiendo sin embargo de la premisa de su irreductibilidad.

2.- PECIOS 1

Aunque haremos un recorrido por su obra, incidiremos en los pecios, un certero término adoptado por el autor -¿o un nuevo género literario?- para designar su producción ensayística breve y, más concretamente, en *Campo de retamas. Pechos reunidos* (2015), ya que en él recogió en edición definitiva (con supresiones, matizaciones y añadiduras)

el conjunto de sus textos de esa producción ensayística breve, editados en diferentes volúmenes entre 1993 y 2015.

Empecemos por el final ¿Qué es un pecio? El Diccionario RAE (22ª edición) otorga al término las siguientes acepciones: 1. Pedazo o fragmento de la nave que ha naufragado. 2. Porción de lo que contiene una nave que ha naufragado. 3. Derechos que el señor del puerto de mar exigía de las naves que naufragaban en sus costas.

La triple metáfora engloba el aspecto material, la categoría jurídica relativa a la administración de esos restos como bienes y, por último, los derechos sobre la mercancía que corresponden a la autoridad portuaria. Así, los pecios serían restos escritos de la singladura dispuestos en lotes sobre los que el lector (a quien Ferlosio pareciera conceder los derechos portuarios del mercadeo literario) tiene la última autoridad. Pareciera, además, que, para un autor crítico con la economía de mercado – y su interfaz teórica legitimadora, el discurso del nuevo liberalismo-, el hecho de publicar periódicamente esos pecios para el mercado de la literatura adquiriese connotaciones de claudicación inevitable.

Optar, en vez de por una preceptiva definición para designar esos breves textos, por una metáfora (casi una alegoría, casi con la posibilidad, de raíz teológica, de triple exégesis), lejos de alejar de la precisión, la potencia, si bien con una lógica divergente de la estricta función referencial del lenguaje. De apariencia aforística, esos pecios huyen precisamente de la *intentio* que caracteriza al aforismo en su extremada concisión: encerrar y ofrecer en síntesis verbal una verdad redonda que se propone como universal.

Así pues, entre la glosa, el apunte, el esbozo y el comentario, los pecios presentan formas aforísticas que reniegan de la intención aforística y reflexiones filosóficas que reniegan de la filosofía en su huir concienzudo de la voluntad de sistema y, con consecuencia, de la más mínima posibilidad práctica de imponer la razón propia, precisamente para que de ninguna manera pueda aparecer como absoluta y, con ello, susceptible de ser arma arrojadiza de cualquier absolutismo.

Los pecios nos son pues presentados como restos de la singladura de un pensamiento que busca la verdad mientras, con celo tan radical como cuidadoso, huye al mismo

tiempo de la posibilidad de devenir dogma (a través de cualquier tentativa de sacralización de la palabra) como de ser munición de cualquier razón práctica, lista para ser cargada y disparada contra otros puntos de vista o visiones del mundo. En ese intervalo abierto por un doble movimiento de aspiración a la aletheia y negativa radical al dogma discurre la labor ensayística toda de nuestro autor. Un movimiento centrífugo hacia la verdad.

Por si hubiera dudas, lo aclara en el primer texto, el que presenta la obra a los lectores:

"COMO A MANERA DE PRÓLOGO

(Ojo conmigo) Desconfíen siempre de un autor de "pecios". Aun sin quererlo, le es fácil estafar, porque los textos de una sola frase son los que más se prestan a ese fraude de la "profundidad", fetiche de los necios, siempre ávidos de asentir con reverencia a cualquier sentenciosa lapidarietà vacía de sentido pero habilidosamente elaborada con palabras de charol. Lo "profundo" lo inventa la necesidad de refugiarse en algo indiscutible, y nada hay tan indiscutible como el dicho enigmático, que se autoexime de tener que dar razón de sí. La indiscutibilidad es como un carisma que sacraliza la palabra, canjeando por la magia de la literalidad toda posible capacidad significativa." (Ferlosio, 2015)

3.- TRAYECTORIA

Pero volvamos al principio. Volveremos más adelante a los pecios. Antes, repasaremos los principales hitos bibliográficos del autor en busca de algunas constantes en la obra del autor previa a 1993. Como ya se ha avisado, la trayectoria de Ferlosio desde la literatura, por la lingüística y en el pensamiento (más que en la filosofía) es totalmente particular y propia, no reductible por ello a categorías ni emblemas de época (excepción hecha de su novela El Jarama), al menos en el sentido más acostumbrado y tradicional de los estudios literarios.

A efectos puramente didácticos, puede abordarse la tentativa de agrupar sus publicaciones por etapas, paradigmas genéricos y quizá (y sólo quizá) núcleos temáticos. Sin embargo, del mismo modo que un arco no es la yuxtaposición de cada una de las piedras que lo forman, aquí cada una de las obras o fases no permiten

congelar una trayectoria unívoca (como al arco su clave central) sino de una manera muy débil, apenas esbozada, ramificante y ferlosianamente hipotáctica. Hay una sintaxis, hay un gran texto e incluso una metaliteratura sobre un abundoso palimpsesto... pero algo se escapa a la reducción o el apresamiento.

Galardonado con los premios más ilustres de las letras españolas, el Cervantes en 2004 y el Nacional de las Letras Españolas en 2009, entre otros muchos, en su recorrido literario, el propio Sánchez Ferlosio marcó tres etapas. Aceptaremos esta taxonomía a efectos puramente explicativos, si bien, con escepticismo ferlosiano (esto es: radical, constante y cuidadoso), propondremos añadir otra etapa más: ese periodo que abarca de 1955 a 1986. Se trata de los años más desapercibidos para el público y sobre el que el propio autor -aquí al unísono con la crítica- ha incidido menos, pero que creemos germinal de su escritura ensayística e imprescindible para intentar esclarecer algo su evolución.

Aquella primera etapa, de "afición por la prosa literaria," cristaliza en *Industrias y andanzas de Alfanhuí* (1951). La segunda, de "exploración narrativa", fructificó en *El Jarama* (1955). Tras el apabullante éxito de la novela, aclamada pronto como cumbre del realismo social y clásico inmediato del siglo XX, el autor, horrorizado por lo que vivió (con mezcla de pudor y vergüenza no sólo ajena) como una bochornosa desproporción, se retiró del mundo literario, del "papelón del literato", hacia una absorbente inmersión en el estudio de la gramática y la lingüística. Es la etapa, que se prolongará durante décadas, en la que Ferlosio inicia y perfila su escritura ensayística. La última de las etapas literarias, de escritura ensayística, en las que el propio autor dividió su obra, lleva de 1993, con *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, a 2015 con *Campo de retamas. Pecios reunidos*.

Pero ¿Qué sucede en esos 30 o 38 años –desde 1955 hasta 1986 o 1993- que el autor oblitera al distinguir entre su segunda y su tercera época literaria? Será una etapa de ausencia pública que resumió autoirónicamente como de "altos estudios eclesiásticos". Cuando un sacerdote católico era separado del ejercicio pastoral (fuera por graves pecados o delitos, fuera por heterodoxia), para evitar el escándalo y reducirlo a la máxima discreción), se decía, en lenguaje eclesiástico, que había pasado a ocuparse en altos estudios eclesiásticos. Había pues en aquel Ferlosio, tal como expresa la precisa y

autoirónica metáfora, una evidente necesidad de ascesis literaria, ética y social, de purgar las trampas del lenguaje, de no abandonar una ética personal y de no cejar en su crítica intelectualmente implacable a los poderes sociales en sus diferentes trampas y encarnaciones.

Para el punto de vista que adoptamos en este artículo quizá ésta de aparente retiro sea, sin embargo, la etapa crucial del trayecto quizá no literario pero sí intelectual de Ferlosio. Los relatos *Y el corazón caliente* (1961) y *Dientes, pólvora, febrero* (1961) dan cuenta de su narrativa breve durante aquel periodo, en el que también mantuvo su labor periodística, pero es entonces cuando escribe sus primeros ensayos. El debut fue *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1966), al que siguieron los dos volúmenes de *Las semanas del jardín* (1974), análisis erudito sobre técnicas y recursos narrativos, pero también profunda reflexión sobre el lenguaje que marca su giro literario y metalingüístico.

En aquella purga de la sobreexposición asociada al éxito literario, vivida como vana ¿qué ocupación más pertinente que volverse hacia el verbo? ¿No es acaso el lenguaje para cualquier escritor su segunda naturaleza? ¿No es la lengua la Sede de la consciencia (*logos*), el instrumento de su trabajo hacia la sociedad y la fuente misma de su ética, de su estar en el mundo? Pues bien, esa triple ascesis es la que palpita, entrega tras entrega, en el sustrato de todos sus libros con pecios, ascesis que surge tras esa viva crisis existencial y triple, porque lo es también, y simultáneamente, de lenguaje, de pensamiento y literaria.

Pero no hablamos aquí de la ascesis que proponen las religiones, ese camino lineal de purificación del alma que, una vez confundido el dogma con la verdad absoluta, propone un camino recto hacia ese dogma hecho deidad o esa deidad hecha dogma. Se trata, casi a la contraria, de un movimiento centrífugo, en este caso hacia la verdad del lenguaje y sus límites, un movimiento que a la vez afirma y (re)niega porque es simultáneamente repliegue, reflexión crítica y autocrítica y estudio de los límites del pensamiento y su representación verbal.

Durante el largo periodo de más treinta años que va de *El Jarama* (1955) hasta *El testimonio de Yarfoz* (1986), el escritor fue abandonando la narrativa y comenzó lo que

algunos estudiosos han llamado su giro lingüístico. Fue también entonces cuando Ferlosio adoptó ya de forma definitiva esa dimensión metalingüística que caracteriza su escritura posterior, y ahí es también donde rastreamos el germen concreto de lo que, a partir de *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* (1993) serán los pecios, acaso una prolongación de aquella ascesis germinal, la de su escritura ensayística, cincelada ya sucesivamente hasta su reducción a esos breves párrafos de los pecios.

Puede tomarse como conclusión de esa época 1986, año de publicación de *El testimonio de Yarfoz* (1986), obra con la que se despidió definitivamente de la novelística sin tentaciones de regresar a ella nunca más. Así lo afirmó en una entrevista de entonces: “me da una pereza horrible y mi cabeza está en otras cuestiones”. En ese prolífico año también publicó los ensayos de *Mientras no cambien los dioses nada ha cambiado*, *Campo de Marte 1. El ejército nacional* y *La homilía del ratón*.

Apuntada la importancia de ese periodo y sugerida la necesidad de nuevas aproximaciones teóricas y críticas, hemos asumido como hito para nuestro análisis el año 1993. En 1992 había compilado en dos extensos volúmenes sus *Ensayos y artículos*, (entre los que incluyó algunos inéditos), pero fue el año siguiente cuando publicó *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, libro ganador del Premio Nacional de Ensayo de 1994 y que cronológicamente constituye su primera entrega de pecios. En el momento de su aparición, aquel libro (que, con algunos cambios significativos, será la tercera sección de *Campo de retamas*) fue para la crítica la enésima sorpresa ferlosiana, un nuevo giro ensayístico en su escritura y el hito inicial que inaugura los pecios.

Pero volvamos otra vez al principio de su obra para rastrear qué constantes de fondo se dibujaban ya entonces, pese a vehicularse en formas literarias narrativas y emerger en contextos también radicalmente diferentes. De entre ellas, destacaremos dos. En lo formal, es ya evidente desde su debut narrativo la tendencia a transgredir los paradigmas genéricos mientras que, en sus rasgos y actitudes ideológicas, ya asoma su característica actitud de un pensar contra los dogmas, contraponiendo las “mentiras verdaderas” de la literatura a las verdaderas mentiras de la realidad y de su gran gestor: el poder.

4.- ALFANHUI

Rafael Sánchez Ferlosio debutó en la literatura con dos celebradas novelas: *Industrias y andanzas de Alfanhui* (1951) y *El Jarama* (1955). Aquella primera fue un raro prodigio en la literatura española de la época. Entre la ternura y el surrealismo, entre la fantasía y la nostalgia del mito, Ferlosio escribió la gran obra de literatura infantil del siglo XX en lengua castellana, aunque quizá no todo el mundo se haya dado cuenta aún. Pese a que, apenas cuatro años después, el éxito de *El Jarama* postergara esa obra, *Alfanhui* sigue siendo considerada una de las obras más sorprendentes de la literatura de su tiempo y una de las preferidas por el autor de entre las propias.

Acabada la guerra, y durante las décadas de 1940-50, el ambiente cultural español estuvo caracterizado por una censura omnipresente, opresiva y arbitraria que impedía a los artistas abordar la realidad de un país en ruinas desde el más mínimo atisbo de espíritu crítico. Como ejemplo de los absurdos que propiciaba ese estado de cosas, baste recordar el caso de C.J. Cela. Confidente primero y después censor del régimen por iniciativa propia, tuvo que publicar su obra *La colmena* (1948) en la Argentina peronista...porque la misma censura que él mismo ejercía no promulgó su *nihil obstat*.

En la narrativa de aquella década, triunfaban entre la crítica por un lado el llamado "tremendismo" -una suerte de naturalismo sin revuelta y hasta cínico por momentos-, iniciado por el propio C. J. Cela con *La familia de Pascual Duarte* (1942) y, en otra línea, la llamada novela existencial, surgida también en 1942 con *Nada*, de Carmen Laforet.

Sin embargo, el grueso de la edición narrativa en la España de la época lo copaba una novela triunfalista de exaltación de la dictadura, tan conservadora en lo formal que seguía los moldes de la novela burguesa del siglo XIX. Con un tono impostado y un estilo rancio y retórico, celebraba la victoria golpista como salvación de una patria que, en cruda realidad, había sido primero destruida hasta el genocidio y después sometida y saqueada por una dictadura militar aliada y deudora de la Alemania nazi y el fascismo italiano. En esa fractura entre una realidad miserable y una "verdad oficial" inasumible se formó la generación de Rafael Sánchez Ferlosio, conocida como Generación del 50 por la década en la que ofreció sus primeros frutos.

Conocer ese contexto es imprescindible para ponderar la gozosa anomalía que supuso la aparición de *Industrias y andanzas de Alfanhui*. "Historia castellana y llena de mentiras verdaderas" (como anuncia su dedicatoria), Alfanhuí ha sido considerado el primer relato español dentro del realismo mágico, pero es en realidad algo más, una sorprendente y aquilatada combinación de elementos que abarca en su factura desde la fábula y el cuento infantiles hasta la novela de formación del carácter (bildungsroman) o el género picaresco de los Siglos de Oro.

Alfanhui es un muchacho valiente y despierto que parte de su casa en Alcalá de Henares sin rumbo fijo pero con la lejana meta de llegar a la de su abuela. Ferlosio inventó un niño y marchó con él por los caminos. Alfanhui tenía los ojos amarillos y su nombre se lo puso un gallo de veleta. Era amigo de los lagartos, pero también de un taxidermista, un buey y una marioneta. Conoció en su viaje (a la vez real, imaginario y mágico) a ladrones de trigo, gigantes, marionetas, hombres que bailaban encima de las mesas y una larga serie de sorprendentes habitantes en un mundo que era a la vez cotidiano y fantástico.

Más allá de su "afición a la prosa literaria" ¿Qué llevó a Ferlosio a emprender semejante proyecto narrativo? El autor ha dado diversas versiones y pormenores sobre la gestación de la obra. Pese a que mezcla un fundamento psicoanalítico bastante tópico –un freudiano matar al padre– con otro de estirpe formalista –la superación de convenciones literarias–, la versión que en el ámbito de la crítica y la historiografía literaria tiene más seguidores y visos de realidad es la que presenta *Industrias y andanzas de Alfanhui* como contrapunto y respuesta literaria de un hijo a otra obra de temática infantil escrita muy poco antes por su padre, Rafael Sánchez Mazas, que se tituló *La vida nueva de Pedrito de Andía* (1951), hoy conocida por muy pocos y leída por nadie.

Ferlosio fue hijo (aunque por fortuna no heredero literario ni ideológico) de uno de los fundadores del fascismo español, Rafael Sánchez Mazas. Corresponsal del diario conservador ABC en Roma entre 1922 y 1929, siguió de cerca la configuración del fascismo italiano. Esa peripecia personal sería fundamental para el desarrollo de su ideología, un nacionalismo ultracatólico que convivía con otras familias de la derecha totalitaria anterior a 1936. Cofundador de Falange Española, partido de corte fascista

que apoyó el golpe de los militares sediciosos, Sánchez Mazas llegó a ser ministro sin cartera (cargo simbólico) en los primeros años del franquismo, antes de que, en la década de 1950, ese sector, reducido a simbólico, perdiera todo poder e influencia dentro de la dictadura.

Como escritor, Sánchez Mazas fue pronto olvidado. Algunos revisionistas del cambio del siglo XX al XXI intentaron su rescate y el de otros coetáneos suyos. En la promoción de *Las armas y las letras* (1994, reeditado en 2002), ensayo dedicado a la literatura de aquella época, su autor, Andrés Trapiello, repetía que “los que ganaron la guerra perdieron los manuales de literatura”, sin reparar en la fortuna editorial de autores nazis como L.F. Céline, E. Junger o Knut Hamsun. Y sobre todo rasgos de aquella literatura como su característico retoricismo hueco (epigonal respecto de la prosa decimonónica) y una nula originalidad de planteamiento estético pese a ser contemporánea de las Vanguardias.

También Javier Cercas, en su novela *Soldados de Salamina* (1996), intentó el rescate literario de Sánchez Mazas, poeta pulcro pero no más que mediocre en sus mejores horas, al que Cercas concede sin embargo cierto mérito. Postmoderno en lo filosófico y ultraconservador en lo literario, el criterio de nuestros liberales esperanzados de hoy coincide algo, al menos en lo literario, con aquellos viejos “liberales desesperados” que fundaron el fascismo español. Sin embargo, parece lógico que no atrajera a nadie más, ni a los realistas de los años cincuenta, como el propio Ferlosio; ni a los lectores de la nueva novela experimental de la década de 1960, ni a ninguna de las sucesivas generaciones. Pese al esfuerzo nuestros revisionistas, aquella narrativa parece irrecuperable para el favor del público.

Así sucede con *La vida nueva de Pedrito de Andía*, la novela de Sánchez Mazas de la que Alfanhui parece un contrapunto. De temática y protagonistas infantiles, se acumulan en ella todas las claves estrictamente literarias que hacen fallida su propuesta narrativa: aire costumbrista idealizante, estilo afectado, argumento trivial, diálogos cursis (que reproducen artificiosamente el habla de la gazmoña burguesía de 1923), intención banalmente moralizante y, de manera señaladamente nefasta, personajes infantiles sin identidad ni autonomía a los que el autor (para bostezo infantojuvenil y regocijo de la jerarquía senior de la época) arrastra por la novela viviendo y sintiendo como adultos

precoces, meras máscaras que el autor instrumentaliza para exponer su propio pensamiento a partir de su propia memoria.

Frente a aquella caduca estética novelística (no hablaremos de su versión cinematográfica de 1961...), el Alfanhui de Ferlosio es un personaje tridimensional y único, un muchacho valiente y despierto que parte de su casa en Alcalá de Henares para llegar a la de su abuela pero sin un rumbo fijo, recorriendo en su maduración buena parte del centro de España. Ferlosio inventó ese niño y marchó con él por los caminos. Alfanhui tenía ojos amarillos y un nombre de canto de pájaro que le puso el gallo de una veleta. Era amigo de los lagartos, pero también de un taxidermista, un buey y una marioneta. Conocía en su viaje (a la vez real, imaginario y mágico) a ladrones de trigo, al gigante de un bosque rojo, a un hombre que bailaba encima de las mesas y a una larga serie de sorprendentes habitantes en un mundo a la vez cotidiano y fantástico.

Más allá de su "afición a la prosa literaria", no escandaliza suponer que lo que llevó a Ferlosio a emprender semejante proyecto narrativo era una rebelión contra esa literatura de época, representada por su propio padre, más dirigida al adoctrinamiento y el disciplinamiento de la infancia que al desarrollo de su inteligencia y su imaginación. Cuarenta años después: ¿Qué podía quedar de Alfanhui vivo en los pecios? Algunas cosas: un cuidado exquisito por la sintaxis y la precisión léxica, esa "afición a la prosa" que hace de la voluntad de estilo una ética, pero, sobre todo, la necesidad de superar los géneros como moldes del discurso y la discrepancia de cualquier ideología dominante en tanto que dominante, esto es, nunca para sustituirla por otra sino por un constante ejercicio de la lucidez y el albedrío.

5.- EL JARAMA

No nos detendremos demasiado en *El Jarama* (1955), Premio de la Crítica en 1956, gran éxito editorial del autor, se trata de una obra abundantemente revisitada por sucesivas generaciones de historiadores y críticos literarios en la que el autor, con evidentes influencias del neorrealismo italiano pero ensayando otras coordenadas, se aproxima al objetivismo. *El Jarama* relata dieciséis horas en la vida de once amigos, un domingo de verano, durante una excursión por la ribera del río homónimo. Con un voluntario

tono de narración trivial, donde nada importante parece suceder (hasta un inesperado giro argumental en la última parte), la novela es de un realismo casi conductista, en la línea de la desaparición del narrador.

Aunque alguna vez se ha intentado interpretar *El Jarama* como un relato simbólico, es neta su proximidad al objetivismo (¿o mejor objetualismo?) a lo Robe-Grillet, que tanto éxito tuvo entre los realistas y existencialistas europeos de las décadas 1950-60 en su búsqueda de nuevos cauces formales para su narrativa política y filosófica sobre la realidad. Tal vez por efecto del trauma del éxito, del que ya hemos hablado más arriba, Ferlosio ha renegado siempre de aquella obra, señalando lo que considera graves defectos estructurales o calificándola como producto de una estética literaria forzada en el que no encuentra su voz. Teniendo en cuenta todo lo anterior, *El Jarama* nos interesará aquí no como indiscutido clásico del realismo social español de su siglo (que lo es), ni como cumbre de su segunda etapa personal, sino como desencadenante del proceso de ascesis literaria e intelectual que emprendió el autor a raíz de tan apabullante éxito.

Ya en la fría representación de la vida vacía de la juventud burguesa del franquismo que contiene el libro, no menos que en esa radical decisión de abandonar el mundo literario y en sus múltiples motivos (desconfianza en las instancias culturales, dudas sobre las funciones sociales y las limitaciones de la literatura...), encontramos ya configurada su visión del mundo y el núcleo de las claves ideológicas que recorrerán y unirán ya toda la posterior obra ensayística de Ferlosio.

6.- PECIOS 2

Hemos tratado hasta aquí de presentar los pecios y de apuntar algunas constantes de la obra de Sánchez Ferlosio anterior a *Campo de retamas*. Antes de abandonar este escrito, trataremos ahora de apuntar unas pocas más, muy presentes en sus pecios. Categorizar su pensamiento ensayístico sería un fraude: pocos autores han huido con más ahínco no ya de construir un sistema sino de dar pie a que el lector se lo pueda atribuir. Sin embargo, caracterizar de manera aproximativa las actitudes y

planteamientos que sustentan su prosa sí parece una tentativa válida, siempre que se acepte que será incompleta, simplificadora y provisional.

Ya hemos definido el discurrir de su pensamiento como un movimiento centrífugo hacia la verdad. Hay que matizar, antes de proseguir, que consideramos que Ferlosio se plantea el pensamiento como un ejercicio y una experiencia y nunca como planificación o voluntad de ofrecer un producto o resultado. El pensar se ejerce como divagación y observación, de las que surge la aplicación concreta y contextualizada del libre albedrío al deseo de reflexión sobre prácticamente cualquier materia. El texto, el pecio, no es sino lo que el autor, con rictus disconforme y hasta displicente, ofrece al lector, pero no como representación o síntesis de esa experiencia, sino más bien como un rastro verbal de la misma que el autor considera, con cauta humildad, digno acaso de ser mostrado. Y ahí acaban las certezas o la tentación de labrarlas.

“(Confianza) Algunos aprecian la coherencia o congruencia como una prueba de honradez en la conducta o como una garantía de verdad en el razonamiento, pero, al cabo, tiene un punto de vanidad estética: vale poco más que la rima, pero es más peligrosa.” (pág. 41)

Llamamos, por tanto, centrífugo al movimiento que caracteriza ese ejercicio o experiencia del pensar porque, frente a la voluntad de verdad y sistema que caracteriza a la filosofía académica, aquí la búsqueda de alguna *aletheia* no persigue su posesión y ostentación o uso, sino que a la vez procede a negar su potencialidad de devenir dogma, teoría o razón práctica, constructos que suelen devenir razón opresora.

De su rechazo radical a esa instrumentalización de la razón no excluye ni siquiera la tentación victimista que merodea siempre en torno a la razón de las víctimas. Así, observa:

“(Victimato) La justicia moderna reverbera la antigua venganza, porque la culpa ya no parece ser el daño, sino la impunidad”. (Ferlosio, 2015: 30)

Y más allá aún:

“(El Victimato II) Decir: “Tiene que haber vencedores y vencidos” es no reconocer más legitimidad que la victoria”. (Ferlosio, 2015: 28)

Evidentemente, nos encontramos en el ámbito de la crítica a todos los absolutos, provengan éstos de las religiones o de la tópica ilustrada que el poder triunfante acuña con certeza legitimadora. El primero y principal ítem de esta tópica es la idea de progreso, vinculada sea al desarrollo de la tecnología, sea al de ciertos valores sociales, incluso los de la tolerancia convertida en un fin en sí misma:

“(El progreso) Los adelantos pueden conseguir tristezas nunca antes conocidas; ya algún pintor francés del siglo XIX nos mostró cómo la luz de una bombilla puede llegar a ser infinitamente más triste que la de un candil.”
(Ferlosio, 2015: 31).

Desde esas coordenadas, que quizá ya alguien haya emparentado con la dialéctica negativa de frankfurtianos heterodoxos como W. Benjamin, Ferlosio vierte sus principales críticas ideológicas contra el liberalismo. En tanto que agente del poder y depositario de su discurso en el nuevo orden mundial, el viejo liberalismo deviene como neoliberalismo en instancia de legitimación de la razón opresora. Desde ahí segrega igualmente, a modo de ejemplo, esas excrescencias discursivas (pseudofilosóficas y pseudocientíficas) que prescriben un optimismo obligatorio, que Ferlosio contempla como correlato y síntoma de coactiva adhesión a lo existente y, con ello, al poder que lo gestiona. Así, la que llama “nueva ideología o religión del Pensamiento emocional y positivo, hija del secular y acrisolado antiintelectualismo americano” es desvelada como un ansiolítico occidental contra el pensamiento cuyo fin es borrar de la vista hasta la evidencia de las catástrofes:

“(Pensar en positivo) Han conseguido que no haya cosa de más mala fe que la esperanza.” (Ferlosio, 2015: 30)

Ahora bien, como parecerá obvio tras lo hasta aquí expuesto, esa crítica contra la Ilustración no brota desde un irracionalismo de raíz romántica, con su ceguera de arrebatos sentimentales, éticas particularistas y nacionalismo selvático. Es otro rasgo muy claro de Ferlosio que asoma en su recurrente identificación cognitiva del llamado “patriotismo” (“gran instrumento de extorsión social y política”), con la paranoia de tipo clínico o de tipo religioso. (vid. págs. 44-48). El llamado patriotismo constituye para él síntoma de una irracionalidad manifiesta y burda, que, si dota de un cierto sentido de

pertenencia a algunos individuos, es igualmente cierto que lo hace siempre contra alguien, razón por la cual se lanza con furia excluyente a tan diversas guerras.

Pero su crítica va más allá . Con cita a *Consignas*, de T.W. Adorno, suscribe: “La formación de esencias colectivas nacionales, usual en la odiosa jerga de la guerra que habla del ruso, del americano y también del alemán, obedece a una conciencia cosificadora, incapaz de toda experiencia.” (Ferlosio, 2015: 47)

¿Qué mayor usurpación y expolio que los de la experiencia, que son a la vez los del tiempo de la vida, los de su sentido y los de sus posibilidades y realizaciones? Es desde esa repulsión por la cosificación y alienación de lo propiamente humano desde donde Ferlosio ejerce su drástico escepticismo contra la sociedad industrial, capitalista y liberal.

Aunque en los últimos años se hayan señalado coincidencias con el pensamiento de Serge Latouche y otros representantes de las teorías decrecentistas, no es casual que cuando Ferlosio aborde esta temática político-social-ecológica muestre, en forma de citas y glosas, la influencia –y no sólo proximidad- de autores como Max Weber o Adorno y los otros frankfurtianos, dado que su crítica al mundo dado se ejecuta no desde otra fe o razón sustitutoria, sino desde una dialéctica negativa y radicalmente descreída y suspicaz.

Pero si, como hemos visto, es frontal y rotundo su rechazo a la imposición desde cualquier ideología cristalizada y operante, mucho menos aún admite Ferlosio ningún intento de coacción desde la moral. Es esta una actitud que atraviesa y orienta toda su obra ensayística (aunque nos atrevemos a afirmar que ya latía en sus dos primeras novelas) y que se expresa en una absoluta y recurrente repugnancia por el moralismo, entendido como empleo tramposo y coactivo, tanto en el discurso como en la práctica, del propio sistema o conjunto de creencias y prejuicios éticos: lo que en su metáfora más peyorativa se conoce como chantaje moral o, aún más propiamente, chantaje mediante la moral. Veamos dos ejemplos:

“(Right or Wrong) Naturalmente, que el enemigo tenga que ser malo es una consecuencia de la pueril e intransitable lógica de la moral.” (Sánchez Ferlosio, 2015: 31)

(*Glosa a Max Weber*) No hay ser más feroz ni más terrible que el que tiene razón. Ya Weber señaló la inmoralidad de la intromisión de la moral en la guerra en uno de sus pasajes más conocidos, donde llega a llamar “abyecto” al “uso de la ética como instrumento para tener razón.” (Sánchez Ferlosio, 2015: 19)

En su reciente tesis doctoral sobre el autor, Juan Antonio Ruescas Juárez (UNED, 2014) atribuía y destacaba, en sus conclusiones generales sobre la ensayística completa de Ferlosio, varias claves de su obra. Estamos totalmente de acuerdo con algunas de ellas, como la percepción de su característico pensamiento centrífugo o el aprecio de Ferlosio por lo perecedero, expresado como sutileza en la observación y el reconocimiento de la misma importancia literaria a cualquier materia o motivo por insignificante o fugaz que pudiese parecer.

Por otro lado, estamos sólo parcialmente de acuerdo con otras. En especial su afirmación de que el ejercicio ferlosiano del albedrío se dirija contra el principio de realidad o que su giro lingüístico sea de raíz filosófica. Abordaremos por su importancia este último. No son pocos los pasajes en los que Ferlosio emplea con total propiedad enjundiosos conceptos de la lingüística ni escasos sus textos dedicados a cuestiones gramaticales. Defendemos aquí que el ferlosiano “giro hacia el lenguaje”, no es exactamente un giro, sino una dimensión que agrega a su escritura, y no sería tanto filosófico como más bien metalingüístico. Al aparecer este rasgo en la prosa de Ferlosio durante la etapa de los “altos estudios eclesiásticos”, tras su crisis de 1955, motivada por una viva necesidad de cuestionar lo literario (y, con ello, lo lingüístico y hasta lo gramatical), creemos que aquella prolongada reflexión lingüístico – filológica sería la base de ese cambio, como probarían los dos volúmenes de ensayos sobre retórica y literatura que completan *Las semanas del jardín* (1974).

Ese enraizamiento y ubicación de su pensamiento en las prácticas de la filología queda patente además en la abundancia de comentarios y sobre todo “glosas” que albergan los pecios. Las glosas son quizá el género germinal de la filología. Fueron también glosas (las Silenses y Emilianenses) las primeras muestras escritas del castellano. Se define la glosa como un apunte, una explicación al margen de un texto que aclara su sentido o una paráfrasis que aligera su complejidad. *Campo de Retamas* está salpicado de pecios que son titulados “Glosa”. Ahora bien, y desde aquí postulamos la raíz

lingüística del pensar ferlosiano (sin que le sean para nada ajenas las fuentes e influencias de la filosofía), sus glosas se ofrecen no sólo como comentario a textos (ajenos y propios) sino también como comentario a diversos aspectos de una realidad que, desde esa perspectiva, se aborda a menudo más “leída a la manera de un texto” (después anotado o glosado) que pensada desde un marco conceptual y relacional de tipo estrictamente filosófico.

En cualquier caso, y más para abandonar que para concluir este escrito, las obras de Rafael Sánchez Ferlosio convirtieron a este autor un clásico vivo de la literatura en español y en un referente intelectual por su independencia, integridad y lucidez que no se inhibió de la crítica a los poderes y sus abusos, a los absurdos y seguidismos sociales o culturales ni a la tentación de las ideologías y su imposición. Ferlosio ejerció su labor literaria y ofreció su pensamiento siempre desde un humanismo exquisito y siempre contra todo lo que devalúa o destruye la experiencia de lo más propia y vivamente humano.

BIBLIOGRAFÍA:

Sánchez Ferlosio, Rafael:

- *Industrias y andanzas de Alfanhuí* (Cíes, 1951)
- *El Jarama* (Destino, 1955)
- «*Dientes, pólvora, febrero*», en *Industrias y andanzas de Alfanhuí* (Destino, 1961)
- «*Y el corazón caliente*», en *Industrias y andanzas de Alfanhuí* (Destino, 1961)
- *Las semanas del jardín*, 2 vols. (Nostromo, 1974)
- *El escudo de Jotán* (Alfaguara, 1983)
- *El testimonio de Yarfoz* (Alianza, 1986)
- *Mientras no cambien los dioses, nada ha cambiado* (Alianza, 1986)
- *Campo de Marte 1. El ejército nacional* (Alianza, 1986)
- *La homilía del ratón* (El País, 1986)
- *Ensayos y artículos*, 2 vols. (Destino, 1992)
- *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* (Destino, 1993)
- *Esas Yndias equivocadas y malditas* (Destino, 1994)
- *El alma y la vergüenza* (Destino, 2000)

- *La hija de la guerra y la madre de la patria* (Destino, 2002)
- *Non olet* (Destino, 2003)
- *Glosas castellanas y otros ensayos. Diversiones* (Fondo de Cultura Económica, 2005)
- *El geco. Cuentos y fragmentos* (Destino, 2005)
- *Sobre la guerra* (Destino, 2007)
- *God & Gun. Apuntes de polemología* (Destino, 2008)
- *Guapo y sus isótopos* (Destino, 2009)
- *El escudo de Jotán. Cuentos reunidos* (Debolsillo, 2015)
- *Campo de retamas. Pecios reunidos* (Random House, 2015)
- *Altos estudios eclesiásticos. Ensayos I. Gramática, narración y diversiones* (Debate, 2015)
- *Gastos, disgustos y tiempo perdido. Ensayos II. Sobre cuestiones españolas* (Debate, 2016)
- *Babel contra Babel. Ensayos III. Asuntos internacionales. Sobre la guerra. Apuntes de polemología* (Debate, 2016)
- *Qwertyuiop. Ensayos IV. Sobre enseñanza, deportes, televisión, publicidad, trabajo y ocio* (Debate, 2017)

ⁱ Profesor del Departamento de lengua castellana y literatura, IES Carpe Diem, Fuenlabrada, Madrid (España)

- Licenciado en Filología, Universidad de Salamanca (España)
- Estudios de postgrado en Filosofía (Teoría del conocimiento e historia de las ideas), Universidad Complutense, Madrid (España)
- Premio de poesía Neftalí Reyes, 1991, Fundación Juan Ramón Jiménez, Huelva (España)
- Premio de poesía joven Miguel de Cervantes, Alcázar de San Juan (España).

- Ha escrito diversos artículos en prensa y revistas.